

LOS "QUIJOTES"

MUSICALES ESPAÑOLES Y ALGUNOS EXÓTICOS

Por Victor Espinós

de la Real Academia de Bellas Artes.

TUVIMOS, hace años, el honor de airear la primera noticia de nuestro modesto, entusiasta, trabajo de allegar piezas para el monumento en homenaje al Príncipe de los Ingenios de España, que es la colección de obras musicales inspiradas en su obra maestra. De entonces acá el curioso acervo ha crecido mucho. Partituras francesas, germanas, polacas, moscovitas, toscanas, etc., acompañan ya a las que se alineaban en los plúteos de la Biblioteca Musical Circulante del Ayuntamiento de Madrid. Purcell, Kienzl, Dalcroze, Wallbrunn, Strauss, Phisidor, Mendelssohn, Telemann, Boulanger, etc.

De alguna obra extranjera interesante daremos noticia en estas líneas; pero las dedicamos especialmente a las inspiraciones españolas, que son nueve, lo que no es poco si se atiende a que el número total en el mundo llega a la cifra de cincuenta intentos de realización lírica del libro inmortal.

No hemos logrado noticia alguna que nos permita conjeturar que antes del siglo XIX se registre aquí la aparición de partitura alguna quijotesca, ni aun como producto de una emulación obligada o, al menos explicable, ante la simpática urgencia inglesa, que en 1694 ponía ya la primera piedra del homenaje al Ingenioso

Hidalgo con la *Comical History of Don Quixotte*, obra trascendental del más grande de los músicos del Reino Unido: Purcell.

Al siglo XIX corresponden *La insula Barataria*, de Arrieta (1864) y *Don Quijote en Sierra Morena*, de Barbieri (1865), con libreto de Ventura de la Vega; la partitura, reducida a un breve prelude orquestal, unas seguidillas (manchegas, naturalmente), tan pimpantes como de quien son; la lamentación de Cardenio y una marcha triunfal, que cierra la representación en función de pleitesía a Cervantes.

El hallazgo de estas páginas nos costó cerca de veinte años de investigaciones descorazonadoras en los fondos en que era lógico suponerlos existentes; al cabo vínosenos a nuestra manos, inesperadamente, como preciado obsequio de un pariente afín y heredero del eminente autor de *Pan y Toros*, y como muestra de gratitud por cierto artículo en que pedíamos para Barbieri una estatua... que podemos seguir pidiendo.

Antes que Arrieta y Barbieri estrenó, por cierto en Nueva York (1827), su *Don Chisciotte*, en italiano la letra... y la música, el ilustre Manuel del Popolo Vicente García. Hallámosla en la Biblioteca de Bellas Artes de París, formando parte del donativo hecho a la misma por su hija, la insigne cantatriz Paulina Viardot.

Alguien trató de amargar nuestra alegría por el hallazgo llamándonos la atención sobre el hecho de que, como se ve en la página titular del manuscrito, la música de *Don Chisciotte* estuvo «composta di E. Garcia». ¿No se llamaba Manuel? Olvidaba, naturalmente, el contradictor que en italiano nuestro Manuel es Emmanuele.

El eminente zarzuelista, compositor que es honra de nuestra historia lírico-dramática, Ruperto Chapí, es autor de una encantadora producción titulada *La venta de Don Quijote*, en que, siguiendo la noble tradición española —mi copa es pequeña; pero bebo en mi copa...—, hay excelente intención artística, en el sector más digno de nuestra música para escenario y sobre poema literario de gran decoro del malogrado Carlos Fernández Shaw.

En la partitura de Chapí se advierte un propósito loable de contraponer, más bien de yuxtaponer, dos ideas fundamentales en la obra cumbre del manco sano, Regocijo de las Musas: una, la evocadora de Don Quijote; otra, la de su circunstancia. Aquélla, sugerencia lírica, solemne y caballeresca del héroe. La otra, el paisaje en que actúa, las esencias populares que le acompañan y cómo sahumán sus rutas de abnegación genial y de virtud inquebrantable.

Es, sin duda, una obra menor, que palidece junto a las que consideramos como el tríptico de obras maestras de la música universal: *The Comical History of Don Quixotte*, de Purcell; las *Variaciones fantásticas* sobre un tema caballeresco, de Strauss, y, por dicha, para la gloria de nuestra música, *El Retablo de Maese Pedro*, de Falla. Sí: es obra menor la de Chapí; pero está a muchos codos de altitud, en intención, en técnica y en comprensión eficaz sobre casi todas las demás coetáneas suyas (1904), como el *Don Quijote de la Mancha* (1905), de E. San José; *Don Quijote* (1906), de Tomás Barrera, y alguna otra aún menos importante. Nos referimos a producciones escénicas, que, en el conjunto total de realizaciones musicales del libro inmortal son, en general, y salvando la de Enrique Purcell, muy inferiores en eficacia representativa a las obras sinfónicas, en que la plástica no limita la silueta del inefable caballero, del que cada uno lleva en su ánimo propia un trasunto personal con el que no coincide el fantasma que va y viene sobre el tablado de la farsa.

Las más cercanas a nuestros días son: orquestales: *La primera salida de Don Quijote* (1920), del maestro Serrano (E.); *Una aventura de Don Quijote* (1925), de Jesús Guridi; *Don Quijote velando sus armas* (1929), de Oscar Esplá, y la partitura radiofónica —que podríamos considerar como mixta de teatro (sin teatro)— y sinfónica, y que sigue con gran eficacia el ejemplo preconizado por Manuel de Falla en su admirable *Retablo*, y que firma el fino músico que es José María Franco. Y no se entienda que queremos dar a deducir el *pontiche*, la mera imitación. A su hora hicimos cálido elogio de la graciosa y emocionada «suite» de Franco, y a

aquel nuestro parecer nos seguimos ateniendo. Y ésta es, por ahora, la postrera contribución del estro musical hispano a la mayor gloria de Cervantes en su obra maestra, cuyo trasplante a climas artísticos distintos de aquel en y para el que fué concebida y soñada será siempre un riesgo, pero también honor y exaltación.

P. S.—Hemos anunciado más arriba alguna mención de realizaciones musicales quijotescas extranjeras, las últimas recogidas, antes, como es lógico, de las conflagraciones bélicas, en la colección a que dedicamos la flor de nuestras actividades en las Bibliotecas circulantes del Ayuntamiento, en su sección musical.

Daremos, entre todas, preferencia al poema sinfónico del compositor polaco E. Morawski, *Don Quixotte*, que fué estrenado en Varsovia en 1929. Con el manuscrito original llegó a nosotros un magnífico dibujo, de moderna factura, y en el que se advierte el propósito de acercar el mito literario inmortal del Caballero de la Triste Figura, coronado de espinas y como ofrecido en un ara al recuerdo mesiánico cristológico de la redención por el sacrificio. La obra ostenta valiosa dedicatoria del autor a la Biblioteca musical circulante del Concejo matritense.

Otra análoga avala el ejemplar de la *Ouverture pour un Don Quixotte*, del moderno compositor francés Jean de Rivière, y que parece, si no el germen, el inicio de algún poema sinfónico abordado. Es obra curiosa y audaz, que hemos debido conocer; pero se temió, sin duda, alguna reacción demasiado viva del sentido «conservador» de nuestras muchedumbres concertófilas.

Las *canciones heroicas y sentimentales*, de Ravel, son ya parte de algunos de los programas vocales que disfrutamos, y evocan otras obras francesas monódicas anteriores en un siglo, como las de Boismortier.

Quisiéramos poder completar la colección de las realizaciones musicales del *Quijote*, que la guerra, las guerras..., nos obligaron

a interrumpir. Lo que aún falta, que es poco, se guarda en la *Library of Congress*, de Wáshington. La honorable representación norteamericana en Madrid, a la que hemos tenido la fortuna de interesar en el asunto, nos ha ofrecido su valiosísima cooperación para que de allá vengan fotocopias de las partituras anheladas.

Queremos dejar aquí consignada nuestra más viva gratitud.